Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía
Vol. XI, n.º 1, enero-diciembre de 2026, ISSN: 2393-6886

Presentación. 50 años de antropología en Uruguay: ¿una historia por contar?

Martina Eva García Correa[1] *y Pilar Uriarte Bálsamo*[2]

1 Departamento de Antropología Social, Instituto de Antropología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. martinaevagarcia@gmail.com. ORCID: 0000-0002-0661-392X

2 Departamento de Antropología Social, Instituto de Antropología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. pilar.uriarte@gmail.com. ORCID: 0000-0002-7406-5793

Resumen

El presente dossier revisa críticamente la historia de la antropología en Uruguay al cumplirse 50 años de la creación del Departamento de Antropología (1975) y de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas (1976) en la FHCE. Lejos de cristalizar el proceso fundacional, el aniversario habilita distintas formas de conmemoración de signo político. La presentación propone construir una memoria colectiva y polifónica, entendida como un ejercicio político y reflexivo en el que la antropología se toma a sí misma como objeto y espacio de interlocución. Las dificultades para elaborar una historia colectiva de la disciplina obedecen tanto a la heterogeneidad de sus prácticas y pertenencias como a las condiciones políticas e institucionales de su conformación. Por eso, volver sobre esos comienzos exige interrogar no solo lo ocurrido, sino también los límites de nuestra capacidad de narrarnos. Los trabajos reunidos, que combinan análisis de archivo, diálogos reflexivos, recorridos etnográficos y entrevistas a pioneras, buscan reponer los marcos de producción de los fragmentos del pasado y tejer nuevas tramas de sentido. Más que contar la historia, el dossier apuesta por una memoria dinámica, conflictiva y abierta, que integre las contradicciones del proyecto de Nación con sus márgenes y sus otros invisibles, y que dialogue con su pasado.

Palabras clave: antropología, memoria colectiva, historia disciplinaria.

Resumo

Este dossiê revisa criticamente a história da antropologia no Uruguai ao completarem-se 50 anos da criação do Departamento de Antropologia (1975) e da Licenciatura em Ciências Antropológicas (1976) na FHCE. Longe de cristalizar o processo fundacional, o aniversário possibilita distintas formas de comemoração de caráter político. A apresentação propõe construir uma memória coletiva e polifônica, entendida como exercício político e reflexivo no qual a antropologia toma a si mesma como objeto e espaço de interlocução. As dificuldades para elaborar uma história coletiva da disciplina decorrem tanto da heterogeneidade de suas práticas e pertencimentos quanto das condições políticas e

institucionais de sua conformação. Por isso, voltar a esses começos exige questionar não só o que ocorreu, mas também os limites de nossa capacidade de narrar a nós mesmos. Os trabalhos reunidos, que combinam análise de arquivo, diálogos reflexivos, percursos etnográficos e entrevistas com mulheres pioneiras, buscam repor os marcos de produção dos fragmentos do passado e tecer novas tramas de sentido. Mais do que contar a história, o dossiê aposta em uma memória dinâmica, conflituosa e aberta, que integre as contradições do projeto de Nação com suas margens e seus outros invisíveis, e que dialogue com seu passado.

Palavras-chave: antropologia, memória coletiva, história disciplinar.

Abstract

This dossier critically revisits the history of anthropology in Uruguay on the fiftieth anniversary of the creation of the Department of Anthropology (1975) and the Bachelor's degree in Anthropological Sciences (1976) at FHCE. Far from crystallizing the founding process, the anniversary allows for different forms of commemoration with a political character. The introduction proposes building a collective, polyphonic memory, understood as a political and reflexive exercise in which anthropology takes itself as both object and space of interlocution. The difficulties in writing a collective history of the discipline stem both from the heterogeneity of its practices and affiliations and from the political and institutional conditions of its formation. Returning to those beginnings therefore requires questioning not only what happened, but also the limits of our capacity to narrate ourselves. The works gathered here, which combine archival analysis, reflexive dialogues, ethnographic journeys and interviews with pioneering women, seek to restore the frameworks in which the fragments of the past were produced and to weave new webs of meaning. Rather than telling the history, the dossier opts for a dynamic, conflictive and open memory, one that integrates the contradictions of the national project with its margins and invisible others, and that engages in dialogue with its past.

Keywords: anthropology, collective memory, disciplinary history.

El presente dossier se inscribe en una serie de iniciativas impulsadas por el Instituto de Antropología y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación con motivo de los 50 años de la creación del entonces Departamento de Antropología, en 1975, y de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas, en 1976. Por definición, los aniversarios duran un año; el nuestro duró dos… Lejos de considerar esta indefinición como una dificultad o una contradicción, la asumimos como parte constitutiva de la propia celebración. Por tratarse de un dossier especial, este número, además de su edición digital, será publicado en papel, como una forma de dar materialidad y permanencia a esta conmemoración.

Los comienzos de cualquier proceso social o histórico difícilmente puedan situarse en una fecha precisa. Antes que acontecimientos puntuales, son continuidades atravesadas por rupturas, desencuentros, tensiones y disputas. Las conmemoraciones no pueden escapar a un efecto de cristalización de esos procesos, que adquieren cierta unidad a partir de las interpretaciones que construimos en retrospectiva. Se trata de coyunturas en que las narrativas son activadas y establecen sentidos que pueden ser reproducidos o resignificados en tiempo presente (Jelin, 2004). Así, los aniversarios, que pueden pensarse como eventos objetivos en un calendario, generan diferentes formas de conmemoración con sentidos políticos (De Giorgi Lageard, 2025).

Si toda reconstrucción histórica es una operación de selección y producción de sentidos, elegir un acontecimiento como punto de partida implica iluminar algunos acontecimientos y trayectorias sobre otros. En una disciplina como la antropología, que conjuga perspectivas epistemológicas, encuadres teóricos y campos de actuación muy dispares, la preocupación por el lugar de enunciación cobra particular importancia. Se trata de un ejercicio que nos interroga sobre las valoraciones del presente y sus potencias, tanto como sobre las ausencias y silencios que nos habitan, pero que sobre todo nos propone imaginarnos hacia adelante.

Este movimiento entre aprehender un desarrollo histórico y proyectar futuros posibles constituye una oportunidad para revisar críticamente los sentidos que atribuimos a nuestra propia historia, debe ser comprendido como un ejercicio que pone en tensión la relación entre reflexión historiográfica y memoria colectiva (Frega, 2010). Como señala Sergio Visacovsky (2004), la interpretación del pasado descansa en categorías de la experiencia presente, como el tiempo y el espacio. Por eso, las maneras en que concebimos, valoramos y transmitimos los procesos históricos, así como sus experiencias del tiempo, resultan fundamentales para comprender lo ocurrido. Atender a los contextos en que se interpreta y se genera una narrativa sobre el pasado, exige una reflexión en torno a sus formas de producción y usos.

En su conjunto, los artículos que integran el dossier proponen un doble objetivo, recuperar experiencias, pero hacerlo de forma reflexiva. De forma más o menos explícita, se proponen

hacer una antropología que toma a la disciplina como objeto y espacio de interlocución. Como señala Joanne Rappaport (1994/2005) la «recuperación de la historia» (p. 31) lejos de entenderse como una simple restitución de lo ocurrido implica un movimiento más amplio, el de volver sobre documentos y archivos, rearmar fragmentos de recuerdos e incorporar nuevas materialidades y prácticas como mediaciones de la memoria. De este modo, lo que se pone en juego no es la reposición de la letra del pasado, sino la reincorporación del espíritu de los antepasados en el contexto del presente. Como ella, entendemos que este ejercicio de recuperación histórica y de reincorporación de antepasados —quizás en nuestro caso podríamos llegar a decir de instauración— es un ejercicio político.

La conmemoración de estos 50 años nos enfrenta a la paradoja de que la institucionalización universitaria de la antropología en Uruguay tuvo lugar en el contexto de la dictadura civil-militar y la intervención de la Universidad de la República. Esta circunstancia no puede considerarse un mero telón de fondo, sino que forma parte de las condiciones históricas en las que se configuró el campo disciplinario, atravesando sus posibilidades de desarrollo, sus formas de organización y sus vínculos con otras tradiciones académicas e intelectuales. Las rupturas, los silencios y las discontinuidades que marcaron ese período también dejaron huellas en las maneras en que la antropología ha podido reconstruir y narrar su propia trayectoria.

En este sentido, las dificultades para elaborar una historia colectiva de la disciplina no remiten únicamente a la heterogeneidad de sus prácticas, perspectivas y pertenencias, sino también a las condiciones políticas e institucionales de su conformación. Volver sobre esos comienzos implica, entonces, interrogar no solo lo que ocurrió, sino también las posibilidades, los límites y las tensiones que atraviesan nuestra capacidad de construir un relato sobre nosotros mismos.

50 años de antropología en Uruguay: ¿una historia por contar? propone así reincorporar a nuestros antepasados en una lectura crítica y polifónica, que invite a seguir recuperando la historia de la disciplina hecha en y desde Uruguay, al cumplirse medio siglo de su mito fundacional. Los trabajos aquí reunidos pueden leerse, entonces, como un intento de historizar estos 50 años, que es tanto documental, como programático. Lo hacen a través de la recuperación de documentos y el análisis de archivo, de diálogos reflexivos, de recorridos etnográficos y de entrevistas a pioneras y precursoras del trabajo antropológico, entre otras aproximaciones.

Les proponemos leer este dossier en ese sentido, no solo como un intento de traer el pasado al presente, sino también como la tarea de reponer los marcos de producción de los fragmentos que lo componen y que, al reunirse, forman nuevas tramas de sentido. Vistos en conjunto, los textos dan cuenta de la diversidad de experiencias que han hecho posible este recorrido y ofrecen una mirada caleidoscópica que aporta a una historia en proceso de ser contada.

Estructura y contenidos

La conformación del dossier parte de una convocatoria abierta a artículos realizada durante el 2025. Entre nuestras preocupaciones al lanzar la propuesta estaba la representación de las diferentes sub-áreas y la posibilidad de construir un diálogo intradisciplinario respetando las identidades de cada área. Captar y representar la enorme diversidad de temáticas abordadas por la disciplina y su riqueza en el análisis e interpretación, así como los diálogos interdisciplinarios, es sin duda una empresa difícil. También buscábamos contar una historia sin sobreponernos a trabajos previos (Abbadie et al., 2015; García Alonso y Boggio, 2017; Gatti y Tabakian, 2020; Pi Hugarte, 1997) y dar lugar a la diversidad de lugares de enunciación, temporalidades y espacialidades que componen, en parte, el mapa de la antropología actual y sus proyecciones a futuro.

Con todo esto en mente, buscamos la mayor difusión posible, queríamos llegar a quienes entendieran necesaria la tarea continuada de hacer una historia de la antropología desde Uruguay, y contagiar a quienes no, de la importancia de esta iniciativa. El conjunto de textos reunidos son el resultado de esa convocatoria abierta, tanto como de un trabajo de producción editorial orientada a promover contribuciones y ampliar las perspectivas. En esa búsqueda convocamos a las asociaciones profesionales, contactamos a la directiva del Instituto, enviamos y compartimos la convocatoria a personas que considerábamos clave. Con los aportes que recibimos construimos un dossier dividido en tres secciones: artículos, entrevistas y reseñas. En ellos los géneros textuales y los espacios de enunciación se complementan para ampliar el abanico de registros narrativos.

La sección de artículos inicia con un primer grupo, desde los que se propone un encuadre temporal y espacial de la disciplina. Esos recorridos, de corte local, se abren al diálogo regional, que sitúa el desarrollo de una antropología uruguaya y sus especificidades en un marco de intercambio que la articula con campos disciplinarios en Argentina y Brasil. En el segundo grupo de artículos, las dimensiones del hacer, las reflexiones en torno a aspectos metodológicos y éticos toman cuerpo en el análisis de experiencias de trabajo que —no casualmente— se sitúan en lo que podríamos llamar los márgenes, tanto de la disciplina, como de la nación. Un tercer grupo aborda las transformaciones en el área de conocimiento en torno a dimensiones clave para la sociedad uruguaya en términos de cómo se concibe a sí misma: la negación y resignificación de lo indígena en el espacio nacional, y del terrorismo de estado. En sus textos apreciamos la retroalimentación entre el lugar que el conocimiento antropológico ocupa en esos debates, y las formas en que su inserción en ellos ha transformado y hecho avanzar las perspectivas de la disciplina.

Parte del trabajo de recuperación de la historia de la antropología en Uruguay implicó la tarea de convocar, en un sentido amplio, a actores y grupos que han contribuido a la consolidación disciplinaria en estos años. Así, la segunda sección se integra con dos entrevistas realizadas desde la Asociación Uruguaya de Antropología Social y Cultural (AUAS) y Arqueólogos del Uruguay Asociados (Arqua). Con ellas, buscamos dar lugar a los diálogos posibles en torno a lo académico, lo profesional y gubernamental-estatal; así como mostrar las formas en que desde los colectivos profesionales pueden discutirse perspectivas y encuadres de lo que significa la tarea antropológica.

La tercera sección reúne tres reseñas de publicaciones recientes vinculadas al instituto, con las que buscamos ampliar el horizonte temático del dossier y dar cuenta de la vitalidad y diversidad de la producción de conocimiento antropológico en Uruguay. Los trabajos reseñados, que abordan cuestiones tan diversas como los cerritos de indios, la precariedad y las migraciones contemporáneas, permiten aproximarnos a diferentes campos de investigación, perspectivas teóricas y tradiciones disciplinarias. Al mismo tiempo, la sección abre un espacio de participación para investigadores e investigadoras en formación, con el fin de promover el ejercicio de la lectura crítica, el diálogo con la producción reciente y su contextualización en los debates contemporáneos del área.

Recorridos, trayectorias y periodizaciones

Una de las características de los textos retrospectivos es la necesidad de trazar continuidades tanto como de establecer períodos o etapas: la fundación del departamento de antropología supone en todos ellos un hito a ser considerado, pero otros elementos pueden ser identificados como transversales; la presencia de figuras del exterior, se presenta siempre como un impulso a iniciativas académicas, así como a la renovación de marcos teóricos; las imposiciones del gobierno dictatorial sobre la universidad, que violentaron su institucionalidad y permearon el autoritarismo en la vida cotidiana, las estrategias de resistencia y la salida hacia escenarios democráticos también llenos de desafíos son siempre referidas. Uno de ellos aparece planteado entre la profesionalización de la disciplina y su vocación académica. También aparecen señaladas las distancias y las características de los desarrollos de la antropología social y la arqueología, los ritmos propios, la especificidad de la demanda recibida. Por último, la revisión de esa historia y sus narrativas en clave feminista transversalizan el análisis.

Desde una perspectiva situada, el artículo de Carina Erchini y Florencia Faccio propone un recorrido historiográfico por el desarrollo de la antropología desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Lo hace a partir de tres ámbitos fundamentales: los museos, las asociaciones

científicas y la actividad académica. Esta reconstrucción se vincula con el trabajo de investigación y revisión histórica realizado en el marco de dos exposiciones desarrolladas en la Sala Violeta del Museo Nacional de Antropología, inaugurada en 2021 y destinada a abordar temáticas de género. Dedicadas a las mujeres pioneras de la arqueología y de la antropología social y cultural en Uruguay, estas muestras constituyeron una oportunidad para revisar la historia de la disciplina desde una perspectiva de género. Así, el artículo profundiza e invita a reflexionar sobre las desigualdades que han atravesado la producción de conocimiento científico.

De esta reconstrucción se desprende, asimismo, que el desarrollo de las distintas áreas de las ciencias antropológicas estuvo estrechamente imbricado, aunque atravesado por temporalidades y procesos de consolidación diferentes. Mientras que la arqueología y la antropología biológica encuentran buena parte de sus antecedentes en la actividad museística, las colecciones y las sociedades científicas vinculadas con las ciencias naturales, los estudios etnográficos, lingüísticos y folclóricos presentan trayectorias más dispersas. Estas diferencias se expresan tanto en las formas de producción de conocimiento como en las posibilidades de reconstruir sus historias, en particular, las trayectorias de las mujeres que participaron en ellas. La creación de la licenciatura puede entenderse, en este sentido, como un momento de convergencia institucional de tradiciones que, lejos de compartir un origen común o responder a una evolución homogénea, presentan recorridos, temporalidades y formas de consolidación propias.

En diálogo con este artículo, en la sección de entrevistas, María Julia Melián y Elena Saccone recuperan las memorias de Elianne Martínez y Nelsys Fusco, integrantes de la primera generación de arqueólogas profesionales formadas en el país, a partir de una entrevista que trasciende las cronologías institucionales. A través de las trayectorias personales, reconstruyen los modos en que la arqueología fue practicada y en contextos precarios y atravesados por profundas transformaciones políticas e institucionales.

La conversación se organiza en torno a varios núcleos temáticos. El primero es la formación durante la dictadura civil-militar, bajo la intervención de la Universidad, las entrevistadas recuerdan el contexto de vigilancia, condicionamiento ideológico y procedimientos disciplinarios sobre el estudiantado. Sus testimonios, sin embargo, evitan una lectura victimizante y destacan la solidaridad generacional y la participación en el entramado gremial clandestino que anticipó la salida democrática. Los recuerdos reunidos en este núcleo muestran que «la profesionalización de la arqueología uruguaya se produjo no a pesar del contexto autoritario, sino en tensión permanente con él». A ello se suma la sensación de «orfandad» de una generación que «tuvo que hacer todo» sin financiamiento estable ni referentes locales permanentes, construyó de modo colectivo y autogestivo sus propios proyectos.

La cuestión de género aparece de forma transversal, vinculada a la formación, el trabajo de campo, la inserción profesional y la construcción de espacios disciplinarios. Los relatos de las entrevistadas grafican las dificultades a las que se enfrentaron las mujeres para acceder y mantenerse en ámbitos de la práctica arqueológica, tradicionalmente masculinizada. El cuerpo femenino, la menstruación y la maternidad, aspectos poco registrados en los ejercicios de historización de la disciplina, aparecen como dimensiones especialmente significativas en contextos de trabajo de campo.

Por último, la idea de una ruptura entre la arqueología aficionada y la profesional. Para las entrevistadas, el Centro de Estudios Arqueológicos tuvo un papel decisivo en la creación de la carrera y convivió con la nueva formación universitaria, por lo que la profesionalización aparece más como un proceso de continuidades y tensiones que como un corte nítido. La entrevista se detiene además en los desafíos actuales de la disciplina, como la protección del patrimonio arqueológico, la arqueología de contrato y la necesidad de un código de ética.

Desde la antropología social, el artículo de Susana Rostagnol propone también un recorrido histórico en tres momentos, que dialogan con los contextos sociales y políticos. Más que identificar hitos o personalidades, se enfoca en las características de cada período en su configuración histórica, para lo que algunas de las producciones más significativas de cada uno. El análisis organiza los principales debates y desafíos de la disciplina en cuatro órdenes: ontológico, epistemológico, metodológico y teórico.

El primer período comprende a los precursores y los inicios de la licenciatura, en el marco del proceso dictatorial, cuyos efectos se expresaron en las limitaciones al desarrollo del pensamiento crítico y en la desconexión de la disciplina respecto de las problemáticas sociales, económicas y políticas del país. Un segundo momento se extiende desde la década del noventa hasta los primeros años del siglo XXI, en un contexto regional marcado por la consolidación del modelo neoliberal. La multiplicidad de enfoques teóricos y la expansión de las temáticas de investigación caracterizan este período, en que se intensifica la preocupación por los fenómenos étnicos y los procesos identitarios. El tercer momento, a partir de 2010, se distingue por una mayor inserción regional, la profundización de los debates teóricos y una creciente articulación de las agendas de investigación con las preocupaciones sociales.

En torno a este recorrido, ofrece un panorama que permite reconocer la diversidad de trayectorias, perspectivas y campos de investigación que han contribuido a la conformación de la antropología uruguaya. Reconociendo el carácter situado de todo conocimiento, se detiene en los estudios de género y la antropología feminista, que constituyen una de las líneas de investigación de mayor continuidad en la disciplina, así como de importante reconocimiento social y académico.

En ese mismo sentido, la entrevista colectiva a Aurora Defago, Lydia De Souza y Christian Frenopoulo, fundadores de la AUAS, conducida su actual presidente, Inti Clavijo, propone un diálogo intergeneracional que atraviesa la historia reciente de la disciplina desde otro lugar: el de quienes buscaron darle a la antropología un espacio profesional e institucional propio y autónomo.

AUAS nació con el objetivo de reunir a graduados que trabajaban fuera de la Universidad y apoyar su inserción laboral. Para ello, uno de los objetivos fue la elaboración de un «Perfil del Antropólogo» que permitiera definir la especificidad del abordaje etnográfico y cualitativo en el desempeño de una antropología profesional. Otro de los procesos centrales de la asociación fue la elaboración de un código de ética, así como la fundación de la revista *Trama*.

En el plano regional, AUAS impulsó con asociaciones semejantes de otros países de la región e integró el Consejo Mundial de Asociaciones de Antropología. Los seminarios «Orígenes» (2007) reunieron a integrantes de esas asociaciones y a docentes de la Facultad con graduados de AUAS, y las Reuniones de Antropología del Mercosur de 2005 y de 2015, celebradas en Montevideo, funcionaron como hitos de ese posicionamiento y de la construcción de un espacio colectivo.

Estos recorridos dialogan con el artículo de Emilia Calisto, Florencia Sosa y Javier Taks, quienes plantean que la antropología practicada en Uruguay constituye un campo relativamente unificado, pero no homogéneo. Esa diversidad complejiza la revisión histórica, ya que las distintas ramas de la disciplina no se desarrollaron con el mismo impulso ni en los mismos períodos. Su trabajo presenta los resultados de un proyecto de investigación que se propuso reunir relatos sobre la antropología uruguaya como campo profesional (inter)disciplinario, releyendo y volviendo a escuchar tanto las narraciones conocidas como las nuevas. Para ello adoptan la perspectiva de una «antropología de la antropología» que formula preguntas a la propia disciplina y a sus sujetos y permite observar posicionamientos, intereses y situacionalidad dentro del campo. Esta apuesta, exige una reflexividad sostenida que evite tanto las afirmaciones totalizadoras o definitivas como la construcción de jerarquías internas.

Desde esa mirada, el devenir de la antropología uruguaya no se reduce a una sucesión de hechos destacados, a etapas acumulativas ni a un relato lineal: está hecho de impulsos y retrocesos, de hitos e inflexiones. Por eso, si bien la bibliografía muestra cierto consenso sobre las etapas de la institucionalización académica, los autores subrayan que sigue pendiente profundizar el trabajo de archivo y la recuperación de memorias de quienes protagonizaron esos procesos. Ejemplo de ello es el hallazgo documental que relativiza la fecha de 1975 como año fundacional del Departamento de Antropología.

Si contar la historia de un campo disciplinario implica siempre un posicionamiento en torno a criterios situados y contextuales, también su delimitación espacial y social implica una reflexión. El artículo de Andrea Quadrelli ofrece una perspectiva particularmente fértil para abordar estas interrogantes, al situar la construcción de una antropología del sur en los diálogos, intercambios y articulaciones que han atravesado históricamente al Cono Sur. Se trata de una antropología que construye su singularidad en la relación con las antropologías centrales, pero también en los vínculos entre los diversos nodos que participan de la producción de conocimiento y, en especial, de la formación transnacional de investigadores e investigadoras. Una construcción colectiva que no supone la homogeneidad, sino que se nutre de las identidades, trayectorias y especificidades de cada uno de esos espacios.

Para desarrollar esta perspectiva, la autora recurre a una propuesta autoetnográfica, una aproximación metodológica que ha despertado creciente interés en las investigaciones recientes, aunque no ha estado exenta de debates, y cuyos fundamentos y alcances son definidos con rigurosidad en el artículo. A través de la reconstrucción de su propia trayectoria formativa, de sus desplazamientos intelectuales y geográficos entre Montevideo, La Plata, Misiones, Porto Alegre, Río de Janeiro y, de nuevo, Montevideo, la reflexión articula la experiencia personal con los procesos más amplios de construcción del campo antropológico regional.

De la lectura, se desprende que hablar de una antropología en Uruguay supone definir qué prácticas, actores, instituciones y tradiciones reconocemos como parte de ella. Implica también un recorte territorial e identitario, lo uruguayo, lo nacional… lo que se hace desde aquí, lo que se hace sobre el aquí… Esta cuestión adquiere particular relevancia en un país históricamente atravesado por diversas dinámicas de movilidad y migración, circulación de saberes e ideas, donde las pertenencias y las fronteras de lo propio difícilmente puedan pensarse como categorías estables o evidentes (Uriarte Bálsamo, 2007).

En este punto, como en el anterior, las especificidades del caso se inscriben en un dilema más general, la necesidad de constituir una identidad disciplinaria, sin caer en esencialismo nacionales. ¿Qué hace que una trayectoria, una práctica o una producción de conocimiento forme parte de aquello que llamamos antropología uruguaya? ¿Es posible hablar de una antropología nacional para el caso de la antropología uruguaya, o deberíamos hablar de una antropología en el Uruguay?

Un hacer reflexivo: la antropología al margen

Como muestra del potencial que esos recorridos espaciales y formativos integran en el complejo conjunto de producciones antropológicas en el país, encontramos el artículo de Damián

Bentos, Magdalena Curbelo, Silvina Merenson y Alex Moraes, que conjuga cuatro experiencias de investigación en torno a un territorio tan particular como lo es Bella Unión, un espacio al mismo tiempo central para la historia reciente del país, como marginal en las representaciones de la nación (Merenson, 2016; Segato, 2007), y que es también frontera de los tres países de origen de los investigadores, Argentina, Brasil y Uruguay.

Así como en el texto de Quadrelli, este artículo nos propone un desplazamiento de los registros académicos convencionales; construyéndose a partir del diálogo sobre un conjunto de dimensiones de lo que supone el hacer antropológico/etnográfico. Las experiencias de los cuatro participantes representan la diversidad de motivaciones, recorridos y formas de inserción en el campo; tanto como momentos en la trayectoria de formación, procesos de trabajo y expectativas en torno a la investigación. Nos permiten reconocer distintas formas de construir el campo, y cómo estas se imbrican en vínculos personales y se proyectan en el encuentro entre investigadores. Esto permite desestabilizar la tan arraigada figura del antropólogo solitario, y apuesta por una comprensión compleja y multisituada de lo que significa la investigación.

En el cruce entre investigación y extensión, entre la vida académica y la personal, emerge una cuestión que es transversal a toda la experiencia etnográfica, la coexistencia de temporalidades. Los tiempos de la investigación, determinados por los calendarios académicos tanto como por las posibilidades materiales de permanencia, no siempre coinciden con los ritmos de la vida cotidiana, de los ciclos productivos o de los procesos organizativos y políticos locales. Los autores reflexionan sobre la necesidad de aprender a habitar esas temporalidades, revisar sus expectativas iniciales y reconocer que la articulación entre estas y los objetivos del trabajo no siempre se ajusta a la planificación previa; algo que no necesariamente aprendemos en los manuales de investigación.

La cuestión del posicionamiento ocupa un lugar central en la conversación, con reflexiones sobre las dificultades de encontrar un espacio en un campo particularmente atravesado por conflictos políticos e interpersonales. La cercanía con los interlocutores, que confluye en vínculos afectivos hace imposible sostener una posición de «neutralidad». En este sentido, el intercambio plantea una discusión sobre la objetividad y el compromiso y propone que comprender las lógicas por las que se toman acciones y decisiones, no es sinónimo de justificarlas. Por el contrario, supone reconocer aquello que genera incomodidad o desacuerdo e incorporarlo —reflexividad mediante— como parte de la experiencia de campo. Por último, la conversación recupera el potencial de la investigación en los márgenes para cuestionar las perspectivas construidas desde los centros políticos, institucionales y académicos (Grimson, 2003).

También fuera de la centralidad montevideana, el artículo de Camors sitúa su análisis en el ámbito de las políticas públicas rurales en Uruguay, una discusión que ha sido central para la conformación de una identidad antropológica y que es recuperada por la autora desde su doble rol como antropóloga y funcionaria de una institución pública. En ese marco, se propone el objetivo de discutir las tensiones epistemológicas, vinculadas con las formas de producir conocimiento; las tensiones institucionales, relacionadas con las exigencias burocráticas, los lenguajes técnicos y las posibilidades de incidir en las decisiones públicas; y las discusiones en torno a los posicionamientos éticos de quienes ejercen la antropología desde el interior de las instituciones. El trabajo recupera debates históricos de la disciplina sobre las posibilidades de aplicar el conocimiento antropológico más allá del ámbito académico, retomando las posiciones contrapuestas de Bronislaw Malinowski y Edward Evans-Pritchard, hasta las discusiones surgidas en torno al paradigma del desarrollo durante la segunda mitad del siglo xx.

Al igual que en el artículo anterior, en este texto la dimensión de lo rural desborda su condición de escenario de aplicación de políticas públicas, presentándose como espacio analítico para pensar la heterogeneidad de los procesos sociales. La reflexión sobre la incorporación de la perspectiva de género en las políticas de acceso a la tierra permite a la autora mostrar las tensiones entre las transformaciones normativas y la persistencia de categorías, representaciones y prácticas institucionales históricamente construidas en torno a la figura del colono como varón, trabajador y jefe de familia. Desde estos antecedentes, nos recuerda la pregunta en torno a cómo producir conocimiento crítico y comprometido éticamente desde el interior de las estructuras estatales que se busca comprender y transformar. Deja abierto el cuestionamiento sobre las posibilidades de cuestionar categorías y prácticas institucionales naturalizadas y sobre los riesgos de reproducir las lógicas que se pretende analizar. En ese sentido, destaca el potencial de la etnografía para recuperar experiencias, relaciones y dimensiones de la vida social que suelen quedar invisibilizadas en los diagnósticos y procedimientos administrativos. Lejos de resolver las tensiones entre autonomía disciplinaria y participación institucional, propone asumirlas como parte constitutiva de una práctica antropológica capaz de articular la producción de conocimiento con la transformación de las condiciones sociales en las que interviene.

Antropologías de la ausencia: estableciendo un diálogo con la sociedad

Los orígenes institucionales de la antropología uruguaya también se vieron atravesados por grandes debates acerca de «lo nacional». En una región donde las antropologías vecinas producían conocimiento sobre los grupos indígenas y friccionaban los escenarios políticos nacionales, Uruguay se había erigido como el «país sin indios».

La institucionalización de la arqueología a lo largo del siglo xx, ligada a proyectos nacionales modernos que reclamaban una ciencia para el desarrollo, contribuyó a producir pasados prenacionales, clausurados y distantes de las necesidades y anhelos de los pueblos del presente (Herrera Wassilowsky y Curet, 2019).

Como señalan Francesca Repetto y Noelia Bortolotto en este número, ese relato, construido desde la Masacre de Salsipuedes (1831) y consolidado por la historiografía nacionalista del siglo xix, no fue solo un contexto para la disciplina, fue también el suelo en el que se formaron sus propios investigadores, socializados en los mismos mitos fundacionales que luego debían estudiar. Las autoras muestran que, en ese marco, la antropología no se limitó a observar el debate sobre lo nacional, sino que participó en él de forma explícita. Durante décadas, sus referentes interpretaron a los charrúas como un pasado extinto o aculturado, y ante la emergencia de los primeros colectivos en los años ochenta, la academia ocupó un lugar de árbitro de la autenticidad, que exigía «pruebas» biológicas o materiales de la identidad indígena. Así contribuyó a reproducir la paradoja de unos indígenas que parecían «demasiado indígenas» para el Estado en el pasado y «demasiado poco charrúas» en el presente.

La emergencia de colectivos indígenas sobre fines de los ochenta, los primeros estudios en genética llevados adelante por Mónica Sans (autora en este número) e Isabel Barreto, el creciente porcentaje de autorreconocimiento indígena en los censos nacionales y la mayor visibilización de personas que siempre se reconocieron como indígenas desde la segunda década del siglo xxi, obligaron a las tres subdisciplinas a revisar sus supuestos. Las transformaciones políticas en estos últimos 40 años derivaron en debates y movimientos internos en la antropología uruguaya. La academia fue pasando a ser interlocutora de colectivos que reclaman voz propia sobre su historia y sus sitios, y aliada en demandas de reconocimiento como la declaratoria de Salsipuedes como Sitio de Memoria.

A partir de sus propias trayectorias, analizan los principales debates académicos que se disputaron entre la continuidad y la desaparición indígena y reflexionan sobre los principales nudos que han marcado la relación entre academia e indígenas en Uruguay. Entre los aportes que el artículo destaca, la antropología social pasó a estudiar la reemergencia en clave del presente, con etnografías colaborativas y una revisión crítica de los mitos nacionales. La antropología biológica ofreció una «bionarrativa» alternativa de la nación, al mostrar continuidad genética, de la que los colectivos se han apropiado para conocer sus historias familiares. La arqueología revalorizó la complejidad de las sociedades indígenas y comienza a abrirse a prácticas participativas, como los proyectos sobre los cerritos de indios en el departamento de Rocha. Las autoras señalan también los límites de estos avances (la persistencia de lógicas evolucionistas y de la dicotomía entre lo biológico y lo cultural) y concluyen que el diálogo con los pueblos

indígenas ha madurado a la propia antropología nacional, aunque quedan pendientes los planes de estudio y el posicionamiento de la universidad como institución.

Desde una escritura que se entreteje con la experiencia personal, Mónica Sans ensaya una mirada crítica sobre el origen y la consolidación de la antropología biológica en Uruguay. Para ello repasa los contextos institucionales y académicos del país que dieron forma a cada etapa, y los pone en diálogo con los debates internacionales de la disciplina. El argumento se organiza en torno a los principales resultados de las dos grandes líneas de investigación que han concentrado buena parte de la producción científica del área: el estudio de las poblaciones contemporáneas y el análisis de las poblaciones del pasado.

A partir de los resultados obtenidos durante los últimos 40 años, Sans pone de manifiesto que la antropología biológica produjo conocimiento sobre los debates fundantes de la antropología uruguaya. El artículo destaca algunos resultados que evidenciaron, mediante análisis genéticos y moleculares, el aporte indígena a la «población nacional» previamente invisibilizado; los resultados que demuestran la continuidad biológica entre indígenas prehistóricos y población actual, y los aportes de la antropología forense a la identificación de personas desaparecidas durante la dictadura militar.

Los estudios de ancestría genética cuestionaron de manera directa las narrativas del «país sin indios» y la del «pueblo trasplantado», al evidenciar un aporte indígena significativo y antes invisibilizado en la población actual. Por su parte, el análisis de restos prehistóricos y de ADN antiguo permitió rastrear una continuidad biológica entre los indígenas del pasado y los habitantes de hoy. Como señala Sans, estas discusiones adquirieron particular relevancia en el contexto de los debates sobre la reemergencia indígena. Frente a quienes sostienen que los pueblos indígenas desaparecieron como sujetos colectivos durante el siglo XIX, argumenta que la identidad indígena constituye un proceso histórico dinámico y que negar la existencia de indígenas contemporáneos implica reproducir formas de colonialismo epistemológico. Considera asimismo que la identidad indígena no es un rasgo estático congelado en el pasado, sino el resultado de procesos históricos y sociales que pueden reemerger a partir de memorias familiares, genealogías, prácticas culturales y proyectos colectivos.

Transversal a las dos líneas, la antropología forense se desarrolló como un campo de relevancia social, a partir de la identificación de personas detenidas-desaparecidas durante la última dictadura civil-militar. Desde el Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF), cuyo origen fue en la FHCE, se intensificaron las tareas de prospección y se logró la recuperación e identificación de restos, aunque aún permanecen sin localizar más de un centenar de personas. En estos debates el lugar de la antropología no ha sido solamente el de contribuir con conocimientos,

perspectivas y herramientas de análisis, sino que se ha convertido en un actor social más, legitimado y legitimante de posiciones concretas en el debate. Esos procesos han sido una interpelación a nuestros propios supuestos, categorías y formas de producir conocimiento.

El trabajo de Natalia Azziz y colaboradores reconstruye el proceso de surgimiento y consolidación de la antropología forense en Uruguay, y destaca el papel central que ha tenido la investigación de los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura civil-militar. A partir de un recorrido por los antecedentes de la disciplina en el país, vinculados a la medicina, la antropología biológica y la arqueología, el artículo sitúa la creación del GIAF en 2005, en el marco de un convenio entre la Universidad de la República y la Presidencia, como respuesta a las demandas sostenidas de memoria, verdad y justicia de familiares de detenidos desaparecidos y organizaciones de derechos humanos. Esta trayectoria, caracterizada por una institucionalización más tardía y de origen universitario respecto de otras experiencias latinoamericanas, es reconstruida a través de una periodización que permite identificar las principales transformaciones institucionales, metodológicas y técnicas del grupo a lo largo de veinte años de trabajo.

Desde los primeros hallazgos de restos de detenidos desaparecidos, en 2005, pasando por la ampliación de las investigaciones documentales y territoriales, la incorporación de nuevas tareas de investigación preliminar y análisis osteológico, y la producción de evidencia capaz de cuestionar las versiones oficiales sobre el pasado reciente, el recorrido da cuenta de la progresiva consolidación de un campo de actuación profesional. Las sucesivas transformaciones en los vínculos institucionales del GIAF, su desvinculación de la universidad en 2017 y su posterior incorporación a la órbita de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo en 2020, junto con la renovación de las estrategias de búsqueda y la incorporación de nuevas tecnologías, permiten reconocer las particularidades de este proceso en el contexto político y social uruguayo.

En sus conclusiones, el artículo presenta a la antropología forense en Uruguay como un campo en permanente construcción, cuyo desarrollo ha permitido articular los aportes de distintas áreas de la antropología y fortalecer su participación en los procesos judiciales vinculados a las violaciones de los derechos humanos. Al mismo tiempo, señala los desafíos pendientes para profundizar su consolidación académica, particularmente en lo que refiere a la ampliación y transversalización de la formación forense.

Entre la historia y la memoria: una apuesta a la narración colectiva

Presentar el dossier nos coloca frente a una responsabilidad que es, a la vez, histórica, epistemológica y política: preguntarnos hasta qué punto es posible reconstruir la historia de la

antropología a partir de un proceso particular de institucionalización y por los objetivos perseguidos al hacerlo. No tenemos soluciones definitivas para estos dilemas, pero sí la intención de contribuir a la búsqueda de algunas respuestas, necesariamente parciales y provisorias. A partir de una convocatoria que invitaba a reflexionar con mirada crítica sobre las transformaciones de la antropología en Uruguay, construimos uno entre los tantos dossiers posibles; que no ofrece un recorrido exhaustivo ni constituye un relato unificado, sino un ejercicio de rememoración colectiva y crítica de nuestros orígenes, antepasados y derivas.

Así, más que contar la historia, proponemos construir una memoria, apostando a la dimensión identitaria y colectiva del relato. Como toda memoria, su naturaleza es dinámica y conflictiva, encierra olvidos y silencios. Como plantea Elizabeth Jelin (2004), los procesos de rememoración son construcción de sentido que los sujetos y grupos otorgan al pasado e iluminan algunos aspectos sobre otros. Las prácticas, huellas y marcas del pasado son la materia prima desde las cuales se construyen las memorias sociales, esa materia no viene dada, se produce en el propio proceso de rememorar. Las iniciativas en torno a los 50 años de antropología en Uruguay, son una invitación a forjar una de esas marcas de forma polifónica. Suponen una apuesta política de *entextualización* (Bauman y Briggs, 1990) de un mosaico de miradas posibles, parciales y abiertas.

A diferencia de otras antropologías en la región —y en el mundo— la antropología uruguaya no abunda en relatos sobre sí misma. Quienes nos sentimos parte de ella, sabemos que esa dificultad, está en parte vinculada su origen en el marco de una universidad intervenida. Se trata de un relato de origen eludido, silenciado y por momentos negado. Sin embargo, si ponemos en perspectiva los procesos regionales, las relaciones problemáticas entre autoritarismos e institucionalización académica no son exclusivas del contexto uruguayo. Nos preguntamos entonces por las dificultades de elaborar un relato de origen que restaure otros actores y prácticas de resistencia en los orígenes de una antropología uruguaya, fundada en una época dictatorial, tanto como por los mecanismos que actualizan ese «fantasma» reproduciendo el silencio e imposibilitando la emergencia de un relato crítico.

En otra escala, también el nacimiento de la antropología como disciplina científica a finales de siglo XIX conlleva una culpa originaria, vinculada al imperialismo colonial europeo, y al colonialismo interno norteamericano. La elaboración de esa culpa, que condujo a sucesivas crisis de identidad, permeó buena parte de los debates y producciones teóricas en los siglos XX y XXI, a partir de una historia revisitada, y elaborada desde perspectivas situadas. En la actualidad, gran parte de las señas de identidad de la disciplina, las que caracterizan los modos de hacer y el tipo de conocimiento producido provienen de esos debates: el cuestionamiento sobre su carácter epistemológico; los dilemas en torno a la apropiación del conocimiento, sus usos y las implicancias éticas; la reflexividad como parte constitutiva del proceso de investigación.

Si pensáramos un proceso similar para una antropología local, ¿qué podríamos saber o decir sobre la antropología uruguaya al preguntarnos por sus relaciones con el estado, la institucionalidad y los poderes? ¿Podríamos caracterizar la antropología realizada en y desde Uruguay a partir de las formas en que se relaciona con actores y sujetos subalternos? ¿Qué otras matrices de poder se dibujan al repasar ese recorrido, género, racionalización, espacialidad?

Otra de las estrategias que la antropología ha elegido para contarse a sí misma, tiene que ver con la particularidad de su objeto, la alteridad. Allí encontramos otro de los puntos ciegos de la narrativa antropológica local, en el marco de la autopercibida homogeneidad nacional: un país sin indios, sin grandes divisiones regionales, con una fuerte folclorización de los componentes afro. Sin un objeto de preocupación evidente, ¿dónde radicaría la otredad en el seno de la nación que pudiera instaurarse legítimamente como campo de actuación. ¿Es entonces válida, necesaria incluso posible, una antropología en el Uruguay?

Si elaborar una respuesta a estas preguntas, puede ser largo y engorroso, volver sobre el contenido del dossier nos permite echar por tierra esos fantasmas. No solo es posible y necesario; sino que representa un espacio rico y estimulante para la comprensión de la sociedad uruguaya y la revisión de las certezas que ha construido colectivamente. Resignificar esas especificidades, no pensándolas como carencias, sino como señas particulares en un conjunto de características regionales, nos permitiría preguntarnos entonces por el lugar de la antropología nacional en el marco de las antropologías regionales. Qué diálogos son posibles, qué especificidades y que mapas comunes pueden ser trazados con una antropología latinoamericana, o con una antropología del sur global.

Al intentar trazar esos mapas de continuidad y especificidad, surge en la genealogía local, una disciplina permeada por discusiones regionales. Las genealogías teóricas que componen el amplio y heterogéneo campo disciplinario desbordan la frontera nacional y se nutre de los diálogos transfronterizos, de idas y vueltas, más que ninguna otra antropología nacional. Frente a la dificultad de mirar hacia dentro, orientada en el impulso de mirar más allá, allí radica una de las singularidades de la antropología uruguaya, que constituye su riqueza. No es una excepcionalidad fundada en la falta, sino una particularidad fundamentada en la multiplicidad.

Es en el diálogo entre el adentro y el afuera y entre el ayer y el hoy, en la búsqueda de una historia en común, se configura un ejercicio identitario, que vertebra estas reflexiones en torno al presente dossier. Memoria e identidad están indisolublemente ligadas, son dos fenómenos cuyos límites se diluyen y que mantienen una relación dialéctica, ya que la memoria genera identidad, pero esta, a su vez, se erige como marco de selección y significación de aquella (Candau, 2001). Ambas configuran los marcos culturales desde los cuales cada grupo lee y comprende la

realidad en la que se inserta, e incorpora su devenir histórico. Las conmemoraciones grafican de modo claro esa relación, como señala Michel Bertrand (2011), conmemorar es una operación intelectual de ordenamiento del tiempo e instaura una forma de encadenamiento entre el pasado que se quiere celebrar, el presente que se vive y el futuro al que se aspira, y alimenta así un sentimiento de identidad colectiva.

Contarnos nos ayuda a pensar en quiénes somos, pero al hacerlo, estamos construyendo ese colectivo, difuso y tenso, pero necesario. Los juegos de espejos entre identidad nacional e identidad disciplinaria reflejan más similitudes de las que desearíamos. No proponemos crear una identidad disciplinaria que recupere y refleje a imagen y semejanza la identidad nacional, sino que integre las contradicciones del proyecto de Nación con sus márgenes y sus otros invisibles y, fundamentalmente, dialogue con su pasado.

Referencias

Abbadie, L., Erro, A., Gatti, P., Serra, C. y Vienni, B. (2015). Reflexión sobre la profesionalización de la antropología en Uruguay. *Trama*, (6), 57-67. https://www.auas.org.uy/trama/index.php/Trama/article/view/46

Bauman, R. y Briggs, Ch. (1990). Poetics and Performance as Critical Perspectives on Language and Social Life Author. *Annual Review of Anthropology*, *19*, 59-88. https://www.jstor.org/stable/2155959

Bertrand, M. (2011). En torno a los usos de la historia: conmemorar, celebrar, instrumentalizar las independencias latinoamericanas. *Estudios del* ISH*iR*, *1*(1), 24-39. https://doi.org/10.35305/eishir.v1i1.90

Candau, J. (2001). *Memoria e identidad* (E. Rinesi, Trad.). Ediciones del Sol.

De Giorgi Lageard, A. (2025). La conmemoración del Bicentenario en Argentina y Uruguay durante los gobiernos «progresistas»: tendencias de cambio en la memoria cultural performática. *Páginas*, *17*(44), 1-21. https://doi.org/10.35305/rp.v17i44.946

Frega, A. (2010). Conocimiento histórico y conmemoraciones: algunos apuntes en tiempos bicentenarios. *Boletín de Historia Económica, 8*(9), 65-70. https://www.audhe.org.uy/Boletin_Audhe/Boletin_9/Boletin_audeh_2010-Frega.pdf

García Alonso, M. y Boggio, K. (2017). Recuperar la memoria para escribir la historia: la antropología en Uruguay. En J. Tocancipá-Falla (Comp.), *Antropologías en América Latina. Prácticas, alcances y retos* (pp. 303-313). Editorial Universidad del Cauca.

Gatti, P. y Tabakian, G. (2020). El devenir de la antropología en Uruguay. En P. Gatti y G. Tabakian (Eds.), *Antropologías hechas en Uruguay* (pp. 13-31). Asociación Latinoamericana de Antropología. https://asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/portal/wp-content/uploads/2018/09/ant_uruguay_final_web.pdf

Grimson, A. (2003). *La nación en sus límites. Contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil*. Gedisa.

Herrera Wassilowsky, A. y Curet, L. (2019). Arqueología para América Latina en el siglo xxi. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (36), 3-10. https://doi.org/10.7440/antipoda36.2019.01

Jelin, E. (2004). Fechas de la memoria social. Las conmemoraciones en perspectiva comparada. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (18), 141-151. https://doi.org/10.17141/iconos.18.2004.3130

Merenson, S. (2016). *Los Peludos. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay*. Gorla.

Pi Hugarte, R. (1997). Sobre la antropología en el Uruguay. *Horizontes Antropológicos*, *3*(7), 36-61. https://doi.org/10.1590/S0104-71831997000300004

Rappaport, J. (2005). *Cumbe renaciente. Una historia etnográfica andina*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Universidad del Cauca. (Obra original publicada en 1994).

Segato, R. (2007). *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Prometeo Libros.

Uriarte Bálsamo, P. (2007). ¿Los de afuera son de palo? Música e identidades nacionais em contextos translocais. En G. Seyferth, H. Póvoa Neto, M. C. Chitolina Zanini y M. de Oliveira Santos (Orgs.), *Mundos em movimento: ensaios sobre migrações* (pp. 385-410). Editora da Universidade Federal de Santa Maria.

Visacovsky, S. (2004). Un concepto de *realidad* en el análisis de las narrativas sobre el pasado. *Revista de Investigaciones Folklóricas, 19*, 151-168. https://www.academia.edu/296696/Un_concepto_de_realidad_en_el_análisis_de_las_narrativas_sobre_el_pasado

Contribución de los autores: (Taxonomía CRediT): 1. Conceptualización; 2. Curaduría de datos; 3. Análisis formal; 4. Adquisición de fondos; 5. Investigación; 6. Metodología; 7. Administración del proyecto; 8. Recursos; 9. Software; 10. Supervisión; 11. Validación; 12. Visualización; 13. Redacción: borrador original; 14. Redacción: revisión y edición. M. E. G. C. contribuyó en 1, 13 y 14; P. U. B. contribuyó en 1, 13 y 14.